

El contra-ciclo político chileno: asincronías y contra-tendencias frente a la política latinoamericana

The Chilean political counter-cycle: asynchronies and counter-tendencies against Latin American politics

Resumen: Este artículo afirma que la política chilena de los últimos 20 años ha tendido a ser más bien contra-cíclica en relación a la realidad regional, es decir, la política del país andino ha acompañado con ritmo propio las tendencias latinoamericanas del poder, anticipando o incorporando con cierto retraso las inclinaciones del resto de las países del vecindario: inició tardíamente su proceso de transición democrática y rápidamente se estableció como un modelo exitoso de aplicación de recetas económicas neoliberales, incluso en momentos en que se iniciaba el ciclo de gobiernos progresistas en la región que las cuestionaban. Con esta idea, se busca enfatizar la asincronía de los ritmos políticos chilenos respecto de la región, pero también, en momentos que está en cuestión la existencia de un nuevo ciclo político en este país, se pretende explorar las potencialidades contra-tendenciales de Chile en las tendencias regionales marcadas por el aparente ocaso del ciclo progresista.

Palabras clave: Chile, ciclo progresista, América Latina, contra-ciclo político, asincronía.

Abstract: This article affirms that the Chilean policy of the last 20 years has tended to be rather counter-cyclical in relation to the regional reality, that is, the Andean country's policy has accompanied with its own rhythm the Latin American tendencies of power, anticipating or incorporating with a certain delay the inclinations of the rest of the countries of the neighborhood: it began its process of democratic transition late and quickly established itself as a successful model of application of neoliberal economic recipes, even at a time when the cycle of progressive governments in the region was beginning that questioned them. With this idea, we intend to emphasize the asynchrony of Chilean political rhythms with respect to the region, but also, at a time when the existence of a new political cycle in this country is in question, we intend to explore the counter-tendential potentialities of Chile in regional trends marked by the apparent decline of the progressive cycle.

Key words: Chile, progressive cycle, Latin America, counter-political cycle, asynchrony.

Fecha de recepción: 15 de junio de 2017

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2017

El contra-ciclo político chileno: asincronías y contra-tendencias frente a la política latinoamericana

Alexis Cortés*

Introducción

Todo parece indicar que la marea de gobiernos progresistas en América Latina está a la baja, sea por las derrotas electorales que los gobiernos de izquierda han sufrido recientemente (Argentina, Bolivia y Venezuela) o por la emergencia de mecanismos institucionales, aunque cuestionables, que han apartado presidentes democráticamente electos de sus cargos (Paraguay y Brasil). Este cambio en el ciclo político está acompañado también del agotamiento de ciclos de movilización de larga data (el ciclo democratizador brasileño encabezado por el PT) (Bringel, 2016) y de otros más recientes (las movilizaciones sociales y electorales que le dieron el tiro de gracia a la descomposición de los sistemas políticos en los países de la región que optaron por gobiernos institucionalmente refundadores).

¿Cómo concebir la posición de Chile en este reordenamiento de las fuerzas políticas continentales? En este artículo sostengo que la política chilena de los últimos 20 años ha tendido a ser más bien contra-cíclica en relación a la realidad regional, es decir, la política del país andino ha acompañado con ritmo propio las tendencias latinoamericanas del poder, anticipando o incorporando tardíamente las inclinaciones del resto de las países del vecindario. La metáfora económica no es casual, busca referenciar, por un lado, la asincronía (Germani, 1965) de los ritmos políticos locales de este país y, por otro, también remarcar las potencialidades contra-tendenciales que eventualmente puede activar Chile en el contexto regional.

En efecto, Chile inició tardíamente su proceso de transición democrática, considerando los tiempos más acotados de sus vecinos, pero rápidamente fue tomado como un modelo exitoso y deseable de reconstrucción democrática (Touraine, 1998), por anticipar la propensión a incorporar en un programa político de centro-izquierda, las virtudes del modelo económico neoliberal que pioneramente había legado la Dictadura Militar. En este sentido, Chile estuvo a la vanguardia de la ola neoliberal que se ramificó en el continente en la década de los 90, permaneciendo relativamente fiel a ese ideario una vez iniciado el ciclo progresista que cuestionó el Consenso de Washington, quedando a rezago de este movimiento regional. En momentos en que este ciclo vive sus estertores, Chile, más bien, parece transitar tardíamente hacia el cuestionamiento de las lógicas neoliberales tras la irrupción de las movilizaciones del 2011 y el inicio de un nuevo ciclo político. ¿Podría Chile contribuir a revertir este declive o, al contrario, la no despreciable posibilidad de que nuevamente Sebastián Piñera arribe al poder llevará a este país a alinearse con los ritmos políticos actuales conducentes a una restauración neoliberal? En primer lugar, es necesario establecer un marco mínimo de comprensión

* Doctor en Sociología por el Instituto de Estudos Sociais e Políticos da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (Brasil). Universidad Diego Hurtado (Chile). E-mail: acortes@uahurtado.cl

sobre la propia idea de un ciclo progresista y del lugar que este país andino ocupaba en esa geografía del poder, para avanzar hacia una caracterización del “fin del ciclo progresista”, ponderando la existencia de un nuevo ciclo político chileno que eventualmente impacte en los ritmos políticos latinoamericanos.

El ciclo progresista

Sin duda, la ola de gobiernos progresistas en la región fue inédita por su simultaneidad. Nunca antes tantos gobiernos identificados como proyectos de izquierda alcanzaron las primeras magistraturas de forma paralela y por un tiempo tan extenso en la región. Si bien la auto-definición como gobiernos progresistas puede ser un criterio operativo legítimo para trazar la existencia de un ciclo político de este alcance, poco esclarece sobre los aspectos programáticos que lo identificarían ni sobre la diversidad de proyectos que contendría.

Una de las categorías más valoradas por parte de una intelectualidad de izquierda estrechamente vinculada a estos gobiernos, es la de “ciclo post-neoliberal” (Sader, 2008). No cabe duda que estos gobiernos progresistas supusieron un cuestionamiento de las lógicas pro-mercado para pensar el desarrollo, inclinándose por políticas que resituaban el papel del Estado no sólo en la regulación de la vida económica sino que también en la dirección de proyectos neo-desarrollistas mediante la nacionalización de recursos naturales estratégicos. El Estado volvió a ser conducto y conductor del desarrollo económico. Complementando esta opción con políticas redistributivas altamente populares, pero focalizadas (transferencias condicionadas) y posibilitadas por el alza de los precios de las *commodities*.

¿Estos elementos configuran una superación de las lógicas neoliberales en el sub-continente? La substitución de estos gobiernos por administraciones que optan por soluciones pro mercado sin demasiadas demoras parecer poner en duda una respuesta positiva a este cuestionamiento. Maristella Svampa (2016) ha señalado que este ciclo básicamente supuso cambiar en el “consenso de Washington” por el “consenso de las *commodities*”, podríamos más bien decir que el ciclo de los gobiernos de izquierda mantuvo el “consenso de las *commodities*”, pues el periodo neoliberal latinoamericano se tradujo en una reprimarización de las economías locales y una buena dosis de des-industrialización que los gobiernos progresistas no lograron o no pretendieron superar (Domingues, 2009). Eso es algo que el país andino comparte con sus vecinos, Chile, desde un punto de vista económico, puede ser caracterizado por poseer y divulgar un modelo basado en una estrategia neoliberal de crecimiento “compradora” de tecnología, sustentada en la exportación de productos primarios; siendo el rol central que juega el cobre en su economía, pese a la diversificación de productos de exportación (también primarios), la más patente muestra de la vocación extractivista del modelo chileno (Cortés, 2012).

¿Cómo caracterizar entonces el ciclo progresista destacando las características coincidentes, pero respetando las especificidades locales? Precisamente para resaltar los matices de estos diferentes gobiernos, Fabricio Pereira da Silva (2015) prefiere hablar de “ola rosa”, el detalle pictográfico busca dar cuenta de la convivencia de gobiernos de características refundacionales más radicales con gobiernos de renovación del sistema político más moderados. Este ciclo tendría como trazo no sólo la sincronía de ascensos a las primeras magistraturas sino también su enorme capacidad de reproducción mediante

la reelección o sucesión de sus liderazgos. Algunos factores que este autor menciona para caracterizar a estos gobiernos progresistas son: a) la redefinición del papel de Estado, incrementando su papel de intervención en diferentes ámbitos de la vida social, pero sobre todo en el mercado, en la reversión de las tendencias privatizadoras y en el aumento de la regulación pública; b) la implementación de políticas sociales que, sin embargo, no han promovido necesariamente gramáticas de derechos ni concepciones universalistas, manteniendo lógicas de intervención focalizadas, pero que han aumentado significativamente el gasto público; c) el aumento de la participación social como formas de complementación de los procedimientos de representación tradicional, incluso con intentos de aplicación de mecanismos de democracia directa más o menos exitosos (Pereira da Silva, 2015b); y d) finalmente el impulso de mecanismos regionales de integración, en la búsqueda de mayores grados de autonomía frente a los organismos internacionales que predefinieron buena parte de las políticas en el ciclo neoliberal (FMI, BID, BM).

Complementariamente, tal como afirma Constanza Moreira (2017), el ciclo progresista paradójicamente, pese a que tenía como signo un cuestionamiento de *status quo* en sus respectivas realidades, se ha caracterizado por delinear uno de los periodos de mayor estabilidad política y democrática en el continente. La estabilidad es explicable en buena medida por las consecuencias que este ciclo ha traído en diversos ámbitos: un crecimiento económico sostenido en base al auge de los precios de las *commodities*, por el aumento de la fiscalidad y de la capacidad redistributiva del Estado, gracias a la nacionalización de recursos estratégicos, lo que en parte redujo su vulnerabilidad frente al escenario internacional. Este nuevo *boom* latinoamericano redundó en un aumento de la presencia internacional de la región. Así como el aumento de los ingresos y de políticas públicas implicaron una significativa reducción de la pobreza. En sus palabras: “El modelo fue una respuesta a los procesos de privatización de los años ’90, y un rechazo a los condicionamientos emanados de los organismos multilaterales de crédito en el marco del llamado “Consenso de Washington.” (Moreira, 2017: 17)

¿Cómo comprender a Chile en ese contexto? En un texto bastante influyente sobre el giro izquierdista en América Latina en el año 2006, Jorge Casteñeda (2006) buscó trazar una línea divisoria entre los distintos gobiernos de cuño progresista en la región. Así, en su análisis distinguía entre dos izquierdas, una correcta de carácter moderno, reformista, global y de mente abierta y otra incorrecta, de tradición populista, radical, nacionalista, de mente cerrada y de acciones estridentes. Los gobiernos de la Concertación en Chile, una alianza política cuyo eje central era la articulación del Democracia Cristiana con el Partido Socialista, representarían la más alta versión de la izquierda correcta: por su crecimiento económico, por la reducción de la pobreza, por su manera moderada de lidiar con la herencia pinochetista y por su madura relación con los Estados Unidos (Tratado de Libre Comercio). Efectivamente un buen predictor de identificación con una u otra izquierda es la proximidad y lejanía de un determinado gobierno con el “Consenso de Washington”, del que, sin duda, Chile fue uno de los países más cercanos. ¿Hasta que punto la contigüidad del modelo progresista de la Concertación chilena con el “consenso neoliberal” no aleja a este país de una posible filiación al “ciclo progresista”? Pareciera ser que el parentesco del progresismo chileno es mucho mayor con lo que se conoció globalmente como la Tercera Vía, que con la ola de gobiernos progresistas que cuestionaron el neoliberalismo. Efectivamente los

gobiernos de la Concertación mantuvieron a grandes rasgos las lógicas subsidiarias del Estado que les heredó la Dictadura, aunque revirtiendo sus características ampliamente excluyente (Castells, 2005) mediante políticas focalizadas y transferencia de recursos públicos a servicios privados (en educación, salud y vivienda, por ejemplo), como consecuencia la pobreza se redujo categóricamente, pero la desigualdad se amplificó. Además, si bien el fin de la dictadura estuvo marcado por fuertes movilizaciones, la transición democrática estuvo marcada por una pérdida de protagonismo social y el privilegio de lógicas de gobernabilidad y estabilidad política (Korzeniewicz y Smith, 2009); la participación social se redujo en la misma medida que se incrementó el poder de veto de los sectores empresariales en la toma de decisiones colectivamente vinculantes, configurando una “democracia semi-soberana” (Huneus, 2006). Finalmente, Chile fue más bien expectante de los intentos de integración regional, privilegiando su relación con Estados Unidos y priorizando alianzas con los países del Pacífico. Durante los gobiernos de la Concertación se mantuvo intacto el modelo de acumulación y (des)regulación neoliberal, amplificándolo y otorgándole legitimidad democrática (Fazio, 2006). Por estas razones, Chile era destacado por sus potencialidades contra-tendenciales en un marco de giro hacia la izquierda (incorrecta) del continente. La mantención del “consenso neoliberal” en la economía chilena junto con alejarlo del “giro izquierdista” a nivel de proyectos, lo transformaba en un modelo potencialmente atractivo para revertir las aspiraciones post-neoliberales de la región.

La resaca progresista y el fin de ciclo

La ola de gobiernos progresistas parece ir en franca retirada. El declive del precio de las *commodities* ha mermado el potencial económico de sus proyectos redistributivos, diversos escándalos de corrupción han erosionado su legitimidad, “golpes parlamentarios” han alejado a algunos de sus líderes del poder, finalmente elecciones adversas y nuevas movilizaciones han puesto en duda su sustento mayoritario. Para algunos autores, este fin de ciclo no es sinónimo de su desaparición institucional, sino de su neutralización como fuerza transformadora: “Esta muerte sin entierro se relaciona con la inviabilidad de su forma de gobernar, su viabilidad electoral, sus alianzas parlamentarias, su relación con el sector productivo y empresarial, fatalmente deshecha por la crisis económica y un desgaste que se refleja en la desmovilización y pérdida de iniciativa” (Schavelzon, 2017).

¿Qué legado deja este ciclo de movilización para un nuevo escenario que, pese a todo, se mantiene abierto? Sin duda, los países que animaron este periodo no serán los mismos. Lo que no quiere decir que los imaginarios de participación y derechos que despertaron logren sedimentarse en un paisaje más permanente. La amenaza que hoy se cierne no sólo sobre herencia de la década del PT, sino que sobre las conquistas sociales provenientes de la era Vargas en Brasil muestra la fragilidad de algunos cambios que se creían permanentes. Particularmente en lo que se refiere a la renovación democrática propuesta por los gobiernos que asumieron tras una fuerte descomposición del sistema político, es donde podríamos situar la contribución más innovadora del ciclo, aunque con limitaciones (Petras y Veltmeyer, 2005). Países como Bolivia, Ecuador y Venezuela apostaron por refundar sus democracias incluyendo en su institucionalidad elementos más participativos y directos, inaugurando nuevas tensiones entre representación y democracia. Si bien en buena medida estos proyectos empoderaron a sectores sociales excluidos, muchas veces terminaron por fortalecer lógicas híper-presidencialistas,

moderaron la autonomía de los actores sociales y no necesariamente desarrollaron espacios más deliberativos de toma de decisiones colectivamente vinculantes (Pereira da Silba, 2015b). No por ello se puede menospreciar el potencial que tiene para la región la búsqueda de una democracia que no se reduzca mínimamente al establecimiento de reglas del juego político. La insensibilidad del sistema político a las demandas sociales, la transformación de la democracia en un espacio de expertos y no de ciudadanos, la capacidad de la desigualdad económica de erosionar sus fundamentos y reproducirse en el sistema político y la persistente crisis de legitimidad de las lógicas de representación en la región son elementos que seguirán marcando la pauta política en América Latina. Los gobiernos progresistas fueron un intento por responder a estos desafíos con mayor o menor éxito y sus experiencias no podrán ser desconsideradas a la hora de lidiar con ellos.

Ahora bien, el fin del giro a la izquierda no quiere decir que los proyectos de ese cariz desaparezcan, lo que retrocede es la dimensión continental de su impronta. Además, por más que se diagnostique el final del ciclo progresista, es probable que sus consecuencias continúen operando más allá de su perezamiento. Aún queda por ponderar la influencia que los gobiernos “refundacionales” ejercen y ejercerán sobre nuevas experiencias de construcción de izquierda en Europa o en otras regiones del mundo, donde el caso de PODEMOS en España y de “Francia Insumisa” han reivindicado esa inspiración. A su vez, habrá que considerar el impacto de vuelta que un posible nuevo ciclo progresista europeo podrá tener en América Latina y en la posible reactivación de estos proyectos en escala regional (Morales-Olivares, Rivera-Vargas y Alvarado, 2017).

Parte de ese retorno ya se refleja en Chile en la formación del Frente Amplio que reúne a un gran número de agrupaciones de izquierda y que se articula en torno a las figuras de destacados dirigentes estudiantiles del ciclo de movilizaciones iniciado en el año 2011. Antecedente que puede ser considerado como un indicador (no exclusivo) de la configuración de un nuevo ciclo político en Chile. ¿En qué medida este nuevo momento político en el país andino marca un descompás potencialmente contra-cíclico en relación al declive progresista que se observa en la región?

¿Chile, hacia un nuevo ciclo político?

Aunque la idea de un nuevo ciclo político en Chile ha ganado fuerza después del 2011 y las movilizaciones estudiantiles, el reconocimiento de su existencia continúa siendo controversial. Para algunos autores como Giorgio Boccardo y Nicolás Romero (2014), no hay indicios suficientes del inicio de un nuevo ciclo político, por la poca regulación del mercado, porque las reformas del segundo gobierno de Bachelet no han consolidado derechos sociales (sobre todo en el ámbito educacional) y porque la colonización empresarial de las decisiones políticas seguirían vigentes. “La “nueva” Concertación (o Mayoría) se ha presentado a sí misma como el fin de una larga etapa de neoliberalismo democrático y el inicio de un nuevo ciclo histórico cuyo horizonte se enmarca dentro de un ideario socialdemócrata. Para alcanzar este propósito no sólo estarían impulsando las primeras reformas para “derrumbar” el modelo sino que defenestrarían a históricos dirigentes concertacionistas que participaron de la ahora demonizada “democracia de los acuerdos”. De tal suerte, se haría cargo de las demandas que irrumpieron desde “la calle” y, con ello, renovaría decididamente la política

chilena” (Boccardo y Romero, 2014: 8). Si bien la anterior es una evaluación temprana, realizada a pocos meses de instalado el gobierno, esencialmente el argumento que moviliza continúa siendo defendido. El gobierno de la “Nueva Mayoría” sería un intento de humanizar el neoliberalismo del período anterior, renovando a las elites dirigentes mediante la incorporación de liderazgos sociales (sobre todo provenientes del movimiento estudiantil) a los cuadros políticos de la coalición de gobierno.

En una vereda opuesta, el sociólogo Ernesto Ottone (2014), uno de los ex asesores estratégicos de Ricardo Lagos, si bien, por un lado, reconoce la existencia de un nuevo ciclo dado por el agotamiento del pacto de convivencia política que reguló los conflictos y los acuerdos durante la mayor parte de la transición; por otro, afirma que el mismo es un indicador del éxito del periodo anterior, los cambios de ciclo no necesariamente serían el producto de desarrollos negativos de los países, pues “un ciclo político se puede agotar también producto de avances muy rápidos de una sociedad que genera nuevas aspiraciones, mayor conciencia de velocidades sociales distintas en el crecimiento y por un empoderamiento político generado por una mayor capacidad reflexiva y una aspiración más fuerte de movilidad social, que hace más notorios los desequilibrios del cambio” (Ottone, 2014).

Ambas interpretaciones coinciden en el reconocimiento de que “La Nueva Mayoría”, coalición que llevó a Michelle Bachelet a su segundo gobierno, fue un intento por capitalizar políticamente las expectativas liberadas por el ciclo de movilizaciones inaugurado el año 2011. Si bien la existencia de esta nueva alianza política, que supuso un acuerdo programático entre la antigua Concertación y el Partido Comunista, es un síntoma del nuevo ciclo político, no es su principal trazo definitorio. El nuevo ciclo político tiene como detonante las movilizaciones estudiantiles del 2011, en la medida que su cuestionamiento al corazón mercantil de la educación permitió tematizar el consenso neoliberal que reinó hasta ese momento (Cortés, 2015). Las movilizaciones, pero sobre todo, el fin de ese consenso han alterado completamente el escenario político, puede que sus resultados no sean “hijos deseados” para quienes aspiran a cambios más profundos, pero el escenario está abierto y se ha potenciado la posibilidad de que la sociedad chilena se construya conflictivamente a sí misma.

De hecho, para Manuel Antonio Garretón (2016), las movilizaciones ocurridas en Chile el año 2011 habrían tenido un alcance para el país tan grande como el mayo del 68 o el levantamiento chiapaneco en 1994 en sus respectivas realidades, ya que expresarían: “más allá de la protesta o rechazo a una determinada situación, una ruptura entre la política clásica de las sociedades modernas y la sociedad civil, los movimientos sociales, la ciudadanía o la gente, o como quiera llamársele, y en ese sentido anuncian una nueva era o época de constitución de los actores y sujetos sociales” (Garretón, 2016). Las movilizaciones eran portadoras de un proyecto societario que entraba en tensión con los actores políticos tradicionales, quitándole parte de la iniciativa política. Sin embargo, aunque el mundo político tradicional buscó incorporar el horizonte de expectativas liberado por las movilizaciones, al menos eso fue lo que el gobierno de la “Nueva Mayoría” de Michelle Bachelet pretendió, la participación electoral del país disminuyó más que en cualquier otro momento de su historia. Esto abrió una profunda brecha que se podría sintetizar en la fórmula de una política sin sociedad y una sociedad sin política, puesto que:

La dificultad de la política de entender las transformaciones de la sociedad en democracia, pero también de los actores sociales de comprender la necesidad de

la instancia política, unidas a la identificación del modelo económico-social con los poderes fácticos y mediáticos y la existencia de un modelo político-institucional que reproducía el modelo socioeconómico heredado de la dictadura, pese a las correcciones en ambos niveles realizadas por los gobiernos de la Concertación, fueron erosionando la articulación entre partidos e instituciones y sociedad y actores sociales (Garretón, 2016: 14).

Si bien el ciclo de movilizaciones ha permitido cuestionar un modelo neoliberal chileno, que ha sido presentado para el continente como exitoso y deseable, mostrando las fisuras del mismo en cuanto proyecto de desarrollo (Gaudichaud, 2015), al mismo tiempo este protagonismo social no ha venido asociado a un incremento de la capacidad instituyente de este nuevo imaginario. Aunque el segundo gobierno de Bachelet y su coalición, pretendió representar y canalizar ese malestar en una serie de reformas (tributaria, política y educacional) y, a pesar de que se ha producido la emergencia de una izquierda impugnadora (Frente Amplio) en vías de desarrollo; los puentes entre el malestar social y la participación política institucional todavía no se han edificado.

El ciclo de movilizaciones iniciado el 2011 ha modificado el paisaje político, pero éste no ha sido un diseño guiado ni controlado por parte de los actores sociales, tanto el gobierno de la Nueva Mayoría como la creación del Frente Amplio son fruto de ese potencial modelador y su principal resultado es el cuestionamiento del consenso neoliberal que reinó sin contrapeso durante prácticamente toda la post-dictadura. Sin embargo, paradójicamente, gracias a la ampliación de la brecha entre lo social y lo político y el aumento de abstención electoral, existe la posibilidad real de que un proyecto típicamente neoliberal, como el que representa Sebastián Piñera, se imponga en una próxima elección presidencial con baja participación. ¿Esto quiere decir que el nuevo ciclo político se interrumpiría precozmente? No necesariamente, más bien sería el resultado de la asincronía entre la recuperación del protagonismo social y su expresión política institucional. Los efectos políticos del ciclo de movilización no se han agotado y es probable que un intento de restauración neoliberal termine por gatillar e incrementar el protagonismo social, de la mano de nuevas movilizaciones. Pero además, se deberá considerar el potencial crítico que puede tener para un escenario de alza de gobiernos pro estrategias neo-clásicas el hecho de que el país modelo del neoliberalismo en la región avance tardíamente en el cuestionamiento del consenso de Washington.

Consideraciones finales

Chile parece continuar marchando con un ritmo diferente del resto de la región. Tal como se afirmó a lo largo de este ensayo, puede resultar equívoco identificar a este país andino como parte integrante del ciclo progresista que hoy vive su declive y que se caracterizó por cuestionar al neoliberalismo como un modelo de desarrollo adecuado para la región. Hoy, cuando estos gobiernos, en buena medida, han perdido capacidad para reproducirse o mantenerse en el poder, abriéndole el paso a alternativas que recogen trazos del proyecto neo-clásico, Chile parece marcar un nuevo descompás, cuestionando tardíamente el consenso neoliberal y la lógica política de la transición democrática que permitió su perpetuación. Aunque el fin del consenso neoliberal no supone el fin del neoliberalismo, sí contribuye a la deslegitimación de su propuesta y, por tanto, al alcance de la vía chilena al neoliberalismo como modelo regional. Es posible que la recomposición de la alternativa neoliberal en América Latina se realice

sin su principal emblema local. En ese sentido, la política chilena puede ser considerada como contra-cíclica.

Afirmar esto permite enfatizar la falta de sincronía de la política chilena respecto a su vecindario, lo que no se debe tomar como un intento por reflatar la vieja tesis de “excepcionalidad chilena”, como si el recorrido político de ese país fuese ajeno a su región. Según este mito, la institucionalidad chilena poseería anticuerpos únicos frente a los males de la región: el populismo, la inestabilidad y la conflictividad social. Si bien es cierto que el sistema político que se recompuso tras la dictadura ha sido eficiente para reproducirse y mantenerse estable, el nuevo ciclo político en movimiento en el país está signado precisamente por la crisis del mismo. Lo que ocurra en la región, sin duda, seguirá influyendo en las posibles salidas a la crisis política local, sea a través de su renovación moderada o a través de su refundación; a su vez este enfrentamiento tardío de la herencia neoliberal y de la política transicional puede tener efectos contratendenciales en el continente. El futuro político parece estar más abierto que nunca.

Bibliografía

- Boccardo, Giorgio y Romero, Nicolás (2014): “¿Se inicia un nuevo ciclo político en Chile? Entre la restauración y el arranque de una transformación de la política”, en *Cuaderno de Coyuntura*, 3/2014.
- Bringel, Breno (2016): “De las protestas de 2013 al golpe de 2016”, *Viento Sur*, 8-12-2016, en <http://vientosur.info/spip.php?article11989> . Disponible en abril de 2017.
- Castañeda, Jorge (2006): “Latin America’s Left Turn”, en *Foreign Affairs* 85/3.
- Castells, Manuel (2005): *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*, Fondo de Cultura Económica, Santiago.
- Cortés, Alexis (2012): “La reprimarización del modelo de desarrollo chileno”, en *Oikos (Rio de Janeiro)* 11/1.
- Cortés, Alexis (2015): “Chile en la encrucijada de un nuevo ciclo”, en *Cadernos de Trabalho NETSAL*, 3/7.
- Domingues, José Maurício (2009): *La modernidad contemporánea en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Fazio, Hugo (2006): *Lagos: el Presidente “Progresista” de la Concertación*, LOM, Santiago.
- Garretón, Manuel Antonio (2016): “La ruptura entre política y sociedad. Una introducción”, en Garretón, Manuel Antonio, *la gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*, LOM, Santiago de Chile.
- Gaudichaud, Franck (2015): *Las fisuras del neoliberalismo chileno. Trabajo, crisis de la “democracia tutelada” y conflicto de clases*, Quimantú - Tiempo Robado, Santiago de Chile.
- Germani, Gino (1965): *Política y sociedad en una época de transición : De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires.
- Huneus, Carlos (2014): *La democracia semisoberana: Chile después de Pinochet*, Taurus, Santiago.

Korzeniewicz, Roberto Patricio y Smith, William C. (2009): “Los ejes de la tercera vía en América Latina”, en *América Latina Hoy* 26.

Morales-Olivares, Rommy, Rivera-Vargas, Pablo y Alvarado, Eduardo (2017): “La emergencia del partido-movimiento: Podemos en España y Frente Amplio en Chile en perspectiva comparada” (en prensa).

Moreira, Constanza (2017): “El largo ciclo del progresismo latinoamericano y su freno: los cambios políticos en América Latina de la última década (2003-2015)”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 32/93.

Ottone, Ernesto (2014): “Cambio de ciclo político”, en *Estudios Públicos*, 134.

Pereira da Silva, Fabricio (2015a): “Da onda rosa à era progressista: a hora do balanço”, en *Revista SURES* 1/5.

Pereira da Silva, Fabricio (2015b) “State, social movements, and democracy in the andean countries”, en *Journal of Civil Society* 11/3.

Petras, James y Veltmeyer, Henry (2005): *Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador*, Lumen México, México.

Sader, Emir (2008): *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.

Schavelzon, Salvador (2017): “El fin de ciclo progresista sudamericano: ¿ha sido derrotado el imaginario político de la izquierda?”, en *Nueva Sociedad*, 23-02-2017, en <http://nuso.org/articulo/el-fin-de-ciclo-progresista-sudamericano/> Disponible en abril de 2017.

Svampa, Maristella (2016): *Debates Latinoamericanos. Indigenismo, Desarrollo, Dependencia, Populismo*, Edhasa, Buenos Aires.

Touraine, Alain (1998): “Éxitos y límites de la democratización en América Latina”, en *Estudios Sociológicos* 16/48.